

“SUCEDIÓ EN LOS 60”

Al pasado le gusta esconderse en los recuerdos. Son tantas, tantas cosas las que uno no quiere olvidar.

Mi mente me ha llevado a la década de los setenta. Estudiada en el internado de un colegio de religiosas, en el que normas estrictas invadían todo.

Me centro en un día cualquiera. A las siete sonaban en las puertas los nudillos de la encargada anunciado el despertar; aseo, misa, clases, exámenes, muchas horas de estudio, breves espacios de asueto y una férrea disciplina de la mañana a la noche, acompañada de castigos si se saltaban las líneas rojas.

Entre cientos de anécdotas, rememoro aquellas jornadas cálidas de mayo, en las que al salir de paseo, nos palpaban las piernas, una a una, para ver si llevábamos medias; estaba prohibido quitársela, al igual que no tener recogida la melena con algún lazo, o hacer una visita a la capilla con la bata puesta sobre los hombros; hablar durante la comida, o en las habitaciones, una vez apagas las luces; privarte de las visitas mensuales de los padres si suspendías; sorprenderte asomada en la ventana en esas mágicas noches que la tuna venía a rondar...

Todavía parece que me resiento del ratito, aunque breve, pasado en el pasillo de rodillas, porque en la hora de estudio estaba en animada conversación con la de al lado y el libro cerrado. Al oír los pasos de la monja revisora, lo abrí tan rápido que se quedó del revés y me “cazó”. ¡Qué de historias podría seguir enumerando...!

No quiero pasar por alto algo que no soportábamos: las humillaciones en público; los ataques verbales personales, en general, nos aterrorizaban, considerándolos peores que un capón o un tortazo.

En los castigos colectivos, nos convertíamos en auténticas “Fuenteovejunas”. Cuando alguna traspasaba una norma, por nimia que fuera y no se encontraba la culpable, preferíamos el escarmiento general a delatarla.

Desde el punto de vista religioso, la religión era un medio formativo transversal, ya que estaba presente en muchos momentos de la vida cotidiana. En numerosas actividades los modelos de conducta cristiana, servían como pauta de comportamiento.

Casi todo era pecado, creándonos una conciencia estrecha, escrupulosa y rancia.

¡Qué miedo! ¡Qué temor! a aquellos Ejercicios Espirituales, en los que el sacerdote orador, repetía con tono elevado, cómo las llamas de infierno, nos abrasarían para siempre; que nos podríamos morir esa noche; que los demonios se apoderarían de nuestras almas si nos apartábamos a través de acciones incorrectas de los caminos de Dios ...y Qué decir de aquella alusión repetitiva a “la carne, la carne” ...

Por un momento respiro, recapacito, pero tras pasar revista mental a algunos comportamientos a todas las luces excesivos, que no he olvidado, debo de ser justa y poner en el platillo de la balanza los aspectos positivos de aquella etapa. Aprendimos a ser muy responsables en nuestros actos, a organizarnos, a valorar el compañerismo, la amistad, a ser duras y sabernos desenvolver en las adversidades; a saber estar en cada momento y lugar, gracias a las normas de convivencia; a haber adquirido una formación moral, ética y estética cara al futuro, como complemento a los grandes conocimientos académicos que adquirimos y que nos proporcionaron un buen bagaje cultural.

Hago un inciso; paso página y me remonto a los dieciocho años.

Tras superar las pruebas durísimas del “preu” para entrar en la Universidad, empiezo la carrera. Todo es novedoso: traslado de ciudad, alojamiento diferente, clases en espacios amplios, forma muy distinta de enseñar y ante todo sin control alguno a nivel personal. Sentía ganas de saltar y saltar.

Cierta mañana conocí a alguien especial, abriéndose ante mí un mundo distinto, cargado de nuevos escenarios, nuevas sensaciones. Nuestros días eran tan bonitos, llenos de ilusiones, sueños que unos meses antes no hubiera podido imaginar.

Su mente abierta, su experiencia, acabo con mis ideas trasnochadas de tiempos atrás.

Por cierto, no fue el padre de mis hijos; se perdió en la distancia, pero en mi mente quedó grabado para siempre por haberme ayudado a ampliar horizontes y elegir de alguna manera mi propio estilo de vida.

Me asomo por la ventana hay luna llena.

Ensimismada en mis recuerdos, alguien me interrumpe: “Abuela, Abuela”, la mesa está puesta, ven a cenar...